

«¿Quién es Jesús para ti?»

«HUELLAS DE EXPERIENCIA CRISTIANA»

8. ¿Quién es este?

por Luigi Giussani*

Es completamente natural que la gente que le seguía, y particularmente aquellos que le seguían con continuidad, frente al surgir de tamaña personalidad, llegado un momento determinado se hicieran la pregunta: «Pero ¿quién es este?».

El hombre docto y culto, que por tanto abrevia los tiempos y los espacios porque vive intensamente la experiencia, Nicodemo, rápidamente reconoce que aquel hombre no puede venir más que de Dios.

Pero aquella otra gente ruda e inculta que le había seguido abandonándolo todo no se comporta de forma distinta. Observa Romano Guardini: «Ellos se le acercan, le escuchan, vuelven y terminan experimentando la impresión de una personalidad sin parangón. Esta impresión se va transformando poco a poco en convicción. Jesús es un ser superior a cualquier otro...»¹.

En Él hay algo inexplicable, hay un margen indefinible.

La convivencia con Cristo había generado una evidencia, la evidencia de que era completamente natural, absolutamente justo, tener confianza en aquel hombre. Ir contra aquella evidencia habría sido ir contra sí mismos.

No podían, por tanto, dejar de creer en aquel hombre solo porque decía palabras que no entendían.

«Precisamente para ser coherentes con lo que hemos visto, para ser coherentes con nosotros mismos, debemos aceptar también lo que no entendemos y que tú dices. Solo en ti se halla el significado de nosotros mismos»: de este modo podríamos traducir nosotros lo razonable de la postura de Pedro en el hecho que describe en el capítulo sexto de san Juan².

¿Cuál es la diferencia entre la gente exaltada de algunos días antes y este grupito de fieles, entusiasta también, aunque de otra manera? La gente le buscaba conforme a sus propias medidas y, por eso, cuando Él comenzó a decir por qué motivo había venido –motivo que excedía las expectativas comunes– esa misma gente le abandonó: estaba más apegada a sus propios límites que a la verdad.

Pero el grupo de los fieles no se va, aun no comprendiendo, y ante la pregunta: «¿Quién eres tú?», a la que Él responde de forma misteriosa: «Yo y el Padre somos una sola cosa»³, ellos asienten también sin comprender.

Solo entenderán en Pentecostés, cuando les sea dada una genialidad sobrenatural. Como ya hemos observado, todavía pocas horas antes de que subiese al cielo, le preguntan: «Maestro, ¿cuándo vas a restaurar el reino de Israel?»⁴.

Aun después de la muerte y la resurrección comprenden muy poco, pero conservan en sí mismos aquella misteriosa respuesta, porque «lo ha dicho Él».

¹ Cf. R. Guardini, *La realtà della Chiesa*, Morcelliana, Brescia 1973, pp. 157ss

² Cf. Jn 6,67-69.

³ Cf. Jn 10,30.

⁴ Cf. Hch 1,6.

* De la obra *Huellas de experiencia cristiana*, Encuentro, Madrid 2009, pp. 67-69.